

Miss Belleza

Mi socio es el creativo y el financiero, y yo el obrero; así nuestra empresa ha logrado el equilibrio. Somos como dos hermanos de verdad. Meses atrás «lanzó al aire», como dice cuando no espera objeciones de mi parte, una idea a la que calificó como «innovadora». Organizaremos un concurso de belleza donde la belleza sea real, dijo. ¿A qué te referes?, le pregunté. Todo el mundo sabe que en esos concursos lo único real es la transmisión por televisión. No aceptaremos a ninguna candidata con cirugías plásticas ni haremos canjes publicitarios con cirujanos ni dentistas, me dijo. ¿Y qué ganaremos?, le pregunté. Recuperaremos el garbo y la magia de los concursos de antes. Haremos que las gordas vuelvan a estar de moda. Solo valdrá la manicure francesa... ¿Quiénes querrán auspiciarnos?, insistí un poco fastidiado. Todas las marcas de productos naturales. Y son decenas. Mencionó algunas. Escogeremos entre sus gerentes de línea al jurado. Nada de exmises, ni esotéricos, ni peluqueros. Hace tiempo que se necesita un concurso como este. Tendremos toda la atención mediática, dentro y fuera del país. No hay pierde. Tengo hasta el eslogan para venderlo: «Miss Belleza. Cuerpos de verdad, competencia real». No hay pierde, repitió, y con esa frase en mente me entregué al proyecto, como en todas las ocasiones anteriores, porque mi socio nunca me ha fallado. Él comenzó a buscar a los auspiciadores. Yo debía encontrar a las muchachas. Es conocido que los representantes de las

franquicias de los concursos de belleza se pelean todo el tiempo. Con auspiciadores asegurados, los canales de televisión se matarían por tener nuestro show. Las candidatas serían auténticas como nuestra empresa.

Lo primero que hice fue conversar con los dueños de las más prestigiosas agencias de modelaje, entusiasmarlos, repartirles volantes para sus estudiantes. A ellas las vi admirar su propia figura multiplicada en los espejos. En casa no tengo siquiera un espejo de cuerpo entero. Me basta verme la cara una vez al día cuando me baño. Me sorprendía que recibieran clases de ballet para mantener la gracia de sus gestos. ¡Todavía las hacían caminar con un libro en la cabeza! Logré conversar con algunas de las chicas. Cada vez me parecían más jóvenes y más atrevidas. Coquetas. Guapas de todos los colores, tamaños y edades. Las escudriñaba, me emocionaban las imperfecciones naturales que algunas pocas lucían: un lunar peludo, una ligera papada, una pierna más corta que la otra. Y no les haríamos una metamorfosis estética, al contrario, las alentaríamos a que dejasen todo donde estaba. Agradecí en silencio a mi socio por darme, por primera vez, un encargo que me gustaba de verdad. A la semana, varias chicas habían llamado a la oficina y dejado sus números de contacto en la contestadora. Él también había progresado. Tenía tres posibles auspiciadores con los que se volvería a juntar a la brevedad. Nos atrevimos a fijar fecha para las eliminatorias en traje de baño. Esta secuencia era clave para demostrar la naturalidad de nuestras participantes. Miss Nariz de Verdad. Miss Piernas de Verdad. Miss Busto de Verdad. Miss Labios de Verdad. Coincidimos en que nos convendría contar con un auspiciador por cada parte del cuerpo capaz de ser intervenida en una cirugía plástica. Calculamos en veinte a las concursantes, desisti-

mos de elegir a Miss Orejas de Verdad. Cuantos más títulos se llevase la participante, más posibilidades tenía de alzarse con la corona de Miss Belleza. Conversé con las anfitrionas de las mejores casas de vinos y whisky, pero la mayoría se había operado el trasero o la nariz, se notaba. Abordé en la calle a las chicas que me parecieron guapas al natural, al estilo de las cazabellezas de Nueva York o Londres. Dudé sobre si el cabello teñido sería un impedimento para participar, pero yo mismo me respondí, pues en el mercado existen tintes naturales, y cubrir las canas, más que un tema de imagen, es una necesidad real. Todas las mujeres de mi familia se tiñen el pelo y nadie piensa que son falsas por eso.

A las dos semanas tenía una lista de treinta posibles candidatas. Doce habían sido referidas por conocidos, ocho habían llegado por su cuenta y a las otras diez las había convencido en mis entrevistas.

Preparé un cuestionario con las siguientes preguntas:

¿Has sido intervenida quirúrgicamente con fines estéticos?

¿Has seguido algún proceso, natural o no, para cambiar tu apariencia en todo o en parte?

¿Piensas hacerlo en los próximos cinco años?

Pedí que pusieran una «X» si se habían operado o corregido alguna o más de las veinte zonas del cuerpo que mencionaba. El documento valía como una declaración jurada y por ello incluí esta advertencia: «Responde con la verdad, pues serás evaluada por especialistas. Evita tu descalificación».

Solicité por teléfono a nuestras candidatas que llevarsen fotos de sus últimos cinco años, incluyendo este. La contadora de la empresa las recibió, les dio los formularios, los recabó. Evitamos de esta forma una preselección de nuestras

propias favoritas basada solo en el efecto del primer impacto. Mi socio quería verlas, insistía como un obseso, pero logré convencerlo de lo contrario por el bien de nuestro concurso. Las fotos fueron engrapadas junto con las encuestas.

Todas respondieron que no se habían hecho nada. En la zona de comentarios solo una había escrito algo, una tal Mirna: «Muy emocionada por un concurso que al fin valora a las mujeres que nos gustamos como somos». Observé sus fotos. Una de esas mujeres por la que giras en la calle, aunque estés acompañado, y además esperas que lo note. Me provocó llamarla para hablar, solo hablar, pero me contuve. Siempre he sido muy prudente, un profesional. Los negocios son primero. Así no hay pierde.

Conversé con los especialistas y les di la lista de las veinte zonas del cuerpo que apuntalarían la credibilidad de nuestro concurso. Convocamos a los más reconocidos cirujanos plásticos, a psiquiatras y a un peluquero que salía en televisión. Este peluquero era tremendo, siempre hablaba mal de las artistas que estrenaban operaciones hechas, según decía, con sables sin afilar. También llamamos a los mejores diseñadores gráficos de revistas de moda, fotógrafos y encargados de prenprensa, para que nos revelasen si las fotos eran verdaderas, montadas o retocadas. Quince hombres para estudiar a fondo a treinta mujeres y reconocer si decían la verdad, cuando suelen ser ellas las que nos analizan, las que esperan que les mintamos. Todas fueron evaluadas por la junta médica y sometidas a un proceso muy agotador que consistió en desnudarse y confesarse, y hasta en hacer catarsis. Todas las fotos fueron estudiadas al nivel de una investigación policial. Estos gastos fueron cubiertos gracias al capital de mi socio.

Los resultados no mentían: todas se habían hecho algo, aunque fuese mínimo.

Revelaban puntos casi imperceptibles alrededor de las orejas, en el mentón; bypass gástrico, rinoplastia, bulimia, carillas de porcelana, cicatrices en los pies. Las conclusiones mencionaban fotos manipuladas.

Pero estos quince hombres coincidían: nuestras aspirantes eran muy guapas y lo que fuera que se hubiesen hecho «estaba muy bien hecho».

Ahora no se podía confiar ni en las encuestas a una población femenina heterogénea. Ni que decir de una mirada o de la voz de una mujer.

Pero yo quería saber la verdad. Solo me interesaba una mujer de todas las postulantes. Llamé a Mirna. Me respondió con voz firme, pero dulce, que se había olvidado de cerrar su comentario en la encuesta con la palabra *ahora*: «Muy emocionada por un concurso que al fin valora a las mujeres que nos gustamos como somos ahora». Le iba a preguntar ¿qué te operaste?, pero me di cuenta de que no me interesaba saberlo. Solo le pregunté por qué se había operado. Me dijo que se había negado a ser como su hijo, lloraba porque soñaba con ser más alto y lloraba cuando los huesos le dolían al crecer. Me quedé callado el tiempo que me tomó creerle y le pregunté si le gustaba el cine. Pensé en crecer con ella, perder el miedo.

Mientras le contaba todo a mi socio, noté que le brillaban los ojos. Comprendí que estaba decepcionado, frustrado por el tiempo y dinero invertido y que ese brillo se transformaría en segundos en lágrimas de furia. Si él comenzaba a llorar, yo lo iba a secundar. Como un hermano de verdad, estoy para hacer equipo. Era la primera caída conjunta.

Mi socio sugirió que debíamos reconocer una oportunidad de esta envergadura cuando la teníamos enfrente. Nos habíamos equivocado, debíamos cambiar de posicionamiento.

Hermano, me dijo, hagamos un concurso de mujeres con la mayor cantidad de cirugías plásticas del país. Eso tampoco se ha hecho antes. No hay pierde. ¿Quiénes nos auspiciarían?, le pregunté con una voz rara que no reconocí, como la de un vecino con traqueotomía. Acá nos van a sobrar los auspiciadores. Todas las compañías que venden productos de belleza, el creciente mercado de implantes, todos los cirujanos plásticos, enumeró mirándome con recelo, como si yo debiese pensar siempre como él, saber lo que él sabía.

Tengo dos citas esta semana. Conoceré a una francesa que se ha hecho más de cincuenta operaciones para asemejarse a Nefertiti. Se obsesionó con ella cuando vio su busto en el Pergamon Museum. El gobierno egipcio la ha condecorado. Convenceré a mi socio de nombrarla presidenta del jurado y de llamar a nuestro concurso Miss Nefertiti. Nos aseguraríamos auspiciadores, pues la francesa está ahora a la altura de una celebridad.

Saldré a tomar un café con Mirna.